

***La creciente*, de Armida de la Vara: una semilla ecofeminista en el desierto**

Armida de la Vara's *La creciente*: a ecofeminist seed in the desert

Esmeralda Chayrez Grijalva – Tecnológico de Monterrey

Resumen: El presente ensayo ofrece un acercamiento al texto *La creciente* (1979) de Armida de la Vara desde la teoría ecofeminista, para lo cual se parte de los conceptos de ecofeminismo espiritual y material, de Mary Mellor, y *matria*, de Luis González y González. Se analiza la relación entre los personajes y el medio ambiente en el que viven a partir de los procesos de colonialismo, modernización y desarrollo que atraviesan al pueblo narrado; en el análisis se destacan las consecuencias que estos procesos traen consigo, principalmente la explotación del medio ambiente, las imposiciones sociales sobre hombres y mujeres y la desintegración de las comunidades. Propongo que Armida de la Vara, a través de la nostalgia por el “terruño”, hace una crítica de estos procesos y las diferentes formas de explotación a la vida que representan, sobre todo para las mujeres.

Palabras clave: ecofeminismo, *matria*, desarrollo, *La creciente*, Armida de la Vara

Abstract: This essay offers an approach to the text *La creciente* (1979), by Armida de la Vara, from the ecofeminist theory, starting from the concepts of spiritual and material ecofeminism, by Mary Mellor, and *matria*, by Luis González y González. The relationship between the characters and the environment in which they live is analyzed from the processes of colonialism, modernization and development faced in the village narrated; the analysis highlights the consequences that these processes bring with them, mainly the exploitation of the environment, the social impositions on men and women and the disintegration of the communities. I propose that Armida de la Vara, through the nostalgia for the “terruño” [native land], criticizes these processes and the different forms of exploitation of life they represent, especially for women.

Keywords: ecofeminism, *matria*, development, *La creciente*, Armida de la Vara

Fecha de recepción: 18 de junio de 2024

Fecha de aceptación: 28 de noviembre de 2024

La creciente, en palabras de su autora, Armida de la Vara Robles, es una crónica novelada en la que se cuenta la vida de los habitantes de Opodepe, Sonora, durante un largo periodo de sequía y una tormenta que desborda el río San Miguel, el cual rodea al pueblo; el desbordamiento del río trae consigo pérdidas materiales y humanas. Esta novela, o crónica novelada, fue publicada por primera vez en 1979, catorce años después de haber sido escrita. Es un texto magnífico en términos históricos, lingüísticos y narrativos que permite e invita a su lectura desde varias perspectivas. El presente análisis plantea una lectura de esta obra desde una perspectiva ecofeminista.

Si bien *La creciente* no se concibe desde el ecofeminismo, es relevante leerla desde esta perspectiva puesto que hace una crítica, a partir de la nostalgia, a los procesos de desarrollo y modernización que acaban con el medio ambiente e impactan negativamente en la vida de las comunidades. De igual manera, en esta novela, como en el resto de su obra, Armida de la Vara plantea valiosas reflexiones sobre cómo las mujeres, al mismo tiempo que abren las puertas del mundo profesional, son obligadas a hacerse cargo de los trabajos de cuidado en sus familias y comunidades; este aspecto, como se busca explicar, está fuertemente relacionado con el ecofeminismo pues, así como se retrata en *La creciente*, la opresión de las mujeres y la explotación ambiental desde una perspectiva ecofeminista son consecuencia del patriarcado y del capitalismo. Por último, es relevante hablar sobre *La creciente* puesto que la obra de Armida de la Vara es prácticamente desconocida en el panorama de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo XX.

Armida de la Vara fue una novelista, cuentista y poeta nacida el primero de enero de 1926 en Opodepe, en el estado de Sonora, donde tiene lugar *La creciente*. Terminó su educación básica y estudió la escuela normal en Hermosillo. Tras dedicarse unos años a la enseñanza, se trasladó a la Ciudad de México, donde estudió la licenciatura en Letras Modernas Francesas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Permaneció en la capital del país hasta 1987, cuando se fue con su familia a San José de Gracia, Michoacán, de donde era originario su esposo.

Así como en *La creciente* Armida de la Vara rescata la historia de Opodepe y sus habitantes, es importante hacer crítica y trazar la historia de la literatura más allá de los centros culturales del país. Si bien la autora se encontraba en el centro de México cuando escribió y publicó esta obra, en ella retrata temas regionales del norte, específicamente de un pueblo que podría parecer aislado incluso dentro del mismo estado de Sonora. Sin embargo, *La creciente* forma parte de una tradición literaria en el noroeste que, en muchos casos, resulta desconocida también para quienes viven en esa región de México.

Conocedora de este panorama cultural y literario, durante toda su vida Armida de la Vara fue una feroz promotora de la lectura y la cultura; se dedicó también a la edición y corrección, principalmente de la obra de su esposo, el historiador Luis González y González. Sin embargo, sus aportes como escritora a la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo XX suelen pasar desapercibidos. Entre su obra se encuentran numerosos

cuentos para los libros de texto de la Secretaría de Educación Pública, escritos entre 1972 y 1980; también para la SEP, de la Vara se dedicó al diseño de capacitaciones para maestros; además, publicó los libros de cuentos *Itinerario* (1985), *El coco coco cocotero* (1986) y *Rita y el caracol* (1987), dedicado a una de sus nietas, entre otras muchas obras y colaboraciones en revistas, libros de historia, literatura, etc. Sin embargo, es escaso el análisis que se ha hecho de su obra.¹

Armida de la Vara escribió *La creciente* a lo largo de varios años, “en cuanto tenía un ratito libre o cuando todos dormían” (De la Vara cit. en Maciel 156); terminó de escribir esta crónica novelada en 1965, pero permaneció guardada hasta 1979, cuando su esposo mandó a hacer la impresión del texto como regalo de aniversario (Maciel 123). Esta obra está compuesta por poco más de 100 viñetas, pequeñas escenas cuya extensiones van de una línea a dos cuartillas, en las que se retratan costumbres, valores, fiestas y personas del lugar, hilando un retrato de Opodepe y sus habitantes. Debido a lo complejo que resultaría hacer una sinopsis de todas las historias contenidas en este libro, se irán rescatando conforme avanza el análisis.

Dado que *La creciente* no se articula desde una postura ecofeminista, este análisis se basa en una concepción un poco amplia, sin ser vaga, del ecofeminismo. En primer lugar, se toma como punto de partida la definición presentada en el *Nuevo diccionario de estudios de género y feminismos*, de Susana Gamba y Tania Diz, quienes señalan que los ecofeminismos

nacen[n] como una filosofía y práctica feminista que entiende la subordinación de las mujeres y la explotación de la naturaleza como parte de una misma lógica: patriarcal y capitalista. Dos formas de dominación que invisibilizan y someten las capacidades creadoras y los derechos de las mujeres y del planeta en su conjunto. (365)

Por otro lado, Mary Mellor, en su libro *Feminismo y ecología*, identifica dos grandes corrientes del ecofeminismo a las que quiero referirme más adelante. La primera, y en la que se posiciona Mellor, es un ecofeminismo materialista, en términos de las estructuras sociales que hacen posible la explotación de las mujeres y del medioambiente por parte, mayormente, de un grupo de hombres. La segunda corriente se trata de un ecofeminismo espiritual, en términos de la unidad, casi mística, no sólo entre mujeres y naturaleza, sino entre humanidad y naturaleza. Esta misma autora, al hablar del surgimiento del ecofeminismo en el Sur, relata que las primeras críticas

¹ Debido a esto, es importante mencionar la investigación *Del desierto a la palabra* (2003), de Rocío Maciel, quien hace un recorrido profundo, bello y sumamente humano de la vida y obra de Armida de la Vara.

atrajeron la atención hacia la amenaza que representa tanto para las mujeres como para el medio ambiente el llamado “desarrollo” [,] mostraron la forma en que las mujeres experimentaban dificultades especiales a medida que la agricultura comercial, la explotación forestal y la minería invadían su estilo de vida tradicional y se veían arrastradas hacia formas de producción altamente explotadoras y amenazadoras para la salud. (Mellor 32)

Para empezar propiamente con el análisis, es necesario traer el concepto de *matria*,² acuñado por el historiador Luis González y González (quien fue esposo de Armida) para referirse a “el pueblo entendido como conjunto de familias ligadas al suelo [...], el pequeño mundo de relaciones personales y sin intermedio” (González cit. en Núñez 46). Considero importante rescatar este concepto para analizar la forma en que Armida de la Vara, a través de la nostalgia por el “terruño”, hace una crítica del desarrollo y de la opresión contra las mujeres y la destrucción medioambiental que trae consigo. La nostalgia como recurso estilístico y narrativo en la literatura, como señala Guillermo Núñez en su ensayo “Lo que el desarrollo se llevó. Modernidad y nostalgia en Sonora”, es una respuesta ante los procesos que nos desarraigan de la tierra y de las personas.

Es a través de esta forma de resistencia que es posible empezar a relacionar *La creciente* con el pensamiento ecofeminista, pues en la novela se retrata un apego muy fuerte por la tierra y hacia la naturaleza; parte de ese apego conlleva la consciencia, por parte de los habitantes, de saberse parte de una unidad mayor que es el mundo natural. Este apego puede analizarse desde un ecofeminismo espiritual, donde tanto hombres como mujeres poseen una conexión espiritual con el mundo natural que los rodea.

En ese mundo destaca la presencia del río San Miguel. Rocío Maciel, quien dedicó varios años al estudio de la vida y obra de Armida de la Vara, señala que para los habitantes del Opodepe real este río tiene una importancia mayúscula, pues

[s]e trataba de una presencia que atraía como imán, que se convertía en centro y motor de cualquier actividad posible; era la vida misma, la posibilidad de que el pueblo continuara en pie o desapareciera. Junto con el templo representaba la fuerza y la encarnación de lo sagrado, de lo misterioso de los designios de Dios. Armida supo captar a la perfección esa relación íntima entre cada poblador y el río porque le tocó vivir el influjo de esa presencia en su propia vida. (Maciel 18-19)

² El concepto de *matria* tiene diferentes acepciones dependiendo del contexto en que se use. Luis González y González lo implementó en el campo de la historia para referirse al pueblo o ciudad donde se nace. Sin embargo, es posible encontrar este concepto en estudios relacionados con la antropología, la maternidad, el feminismo y la crítica literaria feminista.

Aunque en la cita anterior Maciel describe la relación de los habitantes con el río en el Opodepe real, es relevante destacar que en esa relación confluyen características tanto del ecofeminismo espiritual (en la encarnación de lo sagrado, los misterios, etc.) como del ecofeminismo material (en la posibilidad de que el pueblo sobreviva).

La relación del río San Miguel con los habitantes del pueblo, como señala Maciel, está retratada en *La creciente*, pues el río adopta un papel protagónico en las historias narradas. En lo que se refiere específicamente al ecofeminismo espiritual, podemos encontrar varias marcas textuales y viñetas completas donde se retrata la unidad humanidad-naturaleza. Una de las más entrañables, sin duda, es la viñeta donde se narra el diálogo entre un niño y su madre:

- Ya no llores, hijo, mira el río con su agua tan clara, ¿no te gusta?
- Y el niño aún sollozante: – Mamá, ¿y quién hizo el río?
- Dios, hijo. Mira ahora los cerros tan grandes que parece que se juntan con el cielo...
- ¿Y quién hizo el cielo y los cerros, mamá?
- Dios, hijo.
- Mamá, ¿y la tierra quién la hizo?
- La hizo Dios para que todos los hombres, los animales y las plantas viviéramos en ella.
- ¿Y las estrellas y los árboles y los animales también los hizo Dios?
- Sí, hijo, no había nada y Dios todo lo hizo.
- Mamá, ¿y dónde se paraba Dios? (De la Vara 133)

Esta cita, además de ser cómica y presentar cuestionamientos de una gran profundidad filosófica, pone de manifiesto en *La creciente* lo que Maciel describe en los habitantes de Opodepe: la relación, casi mística, entre las personas y el río San Miguel. En este mismo diálogo, es posible señalar que, en la cosmovisión que la madre le transmite a su hijo, el mundo fue creado tanto para las personas como para los animales y las plantas; esto, si bien no contradice, tampoco tiene el mismo significado que se le otorga al mundo natural desde la visión judeocristiana, desde la cual los animales y las plantas fueron creados para provecho de las personas, y no para que vivieran en la Tierra junto a los humanos.

Esta misma relación de convivencia entre los habitantes del pueblo y el medio ambiente en que habitan se retrata, de diversas maneras, a lo largo de las viñetas que conforman la novela, entre las cuales resalta aquella donde una de las múltiples narradoras relata que:

gustaba de internarme en el campo, no lejos de la casa, y platicar con los pájaros. Según creía, podíamos entendernos, y cuando después de un año volvía a incursionar por entre los

garambullos para buscar a mis amigos y los volvía a oír cantar igual que el año anterior, me convencía de que me habían reconocido y saludaban. (142)

En la viñeta anterior, la narradora es una niña pequeña, quien, con la inocencia de la edad, concibe a los pájaros como habitantes del mundo iguales a ella en términos jerárquicos, pues no solo piensa en ellos como sus amigos, sino también como amigos con quienes puede platicar y entenderse.

Sin embargo, no son solamente las mujeres quienes poseen esa relación espiritual con la tierra y el espacio que habitan, si bien es cierto que los personajes masculinos se expresan con un lenguaje mucho más sosegado. Resalta la viñeta en que Toño, uno de los personajes recurrentes en la obra, mira el cielo durante un descanso de su trabajo en la mina:

Y contempla el cielo, negro de tan azul, las estrellas nítidas, tan grandes y brillantes que parece fueran a caérsele encima; contempla la luna que calladita escudriña todo el pueblo minuciosamente, como si algo se le hubiera perdido. ¡Qué misterioso este silencio y esta noche aletargada de luna!... hasta podría decirse que se oye crecer la hierba, y una crepitación denuncia el paso arrastrado de los insectos [...]. Sólo a lo lejos, por el rumbo de La Cañada, el runrún de los camiones que bajan material desde la mina para embarcarlo en La Poza, se escucha de cuando en cuando. (140)

Una de las características más particulares de esta viñeta es que, precisamente, se trata de un personaje masculino quien contempla los elementos de la naturaleza y les adjudica una especie de vida interna que los abarca a todos, no solamente a los humanos o, como se ve en otras viñetas, a los animales. Esta viñeta, además, describe cómo el reposo del medio natural se ve perturbado por la actividad minera, una de las actividades más violentas tanto para el medio ambiente como riesgosas para quienes se dedican a ella.

Para continuar con el análisis, y partiendo ahora de una postura más cercana al ecofeminismo material, es posible analizar las condiciones económicas, ambientales y sociales retratadas en *La creciente*. Si bien una de las actividades económicas del pueblo (tanto del pueblo real como del pueblo narrado) es la ganadería, podemos ver rastros de las relaciones que los personajes forman con los animales. Ya desde la segunda viñeta de la novela, uno de los hombres dedicados a esta actividad se lamenta de la sequía diciendo:

Todo por lograr unas cuantas pencas para el ganado medio muerto de hambre. ¡Pobres animales!... Lo malo es que los llega uno a querer como si fueran parte de la familia, y al verlos como carcajes bamboleándose que apenas se tienen en pie, me dan una lástima. (120)

En esta viñeta, resalta no solamente que los animales son vistos como seres dignos de amor y considerados como miembros de la familia; resalta también la descripción

presentada de los trabajos extras (y lo que suponen en términos de fuerza laboral) que se hacen para poder alimentar a los animales durante las temporadas de sequía.

A través de la ganadería, además, también se establecen formas de subordinación entre las personas. En más de una viñeta, se narra cómo personas de fuera y con mayor poder adquisitivo llegan al pueblo y compran las reses a precios bajos, mientras que los habitantes deben vender sus animales en estas condiciones no sólo por la situación de sequía en que se encuentran, sino también por la necesidad económica de sus familias. Uno de los ejemplos más ilustrativos de esta problemática se retrata en el diálogo entre dos habitantes del pueblo:

—Usted de qué se queja, don Raymundo, si tiene su ganadito. Cada vez que viene Molina de Banámichi le vende usted sus buenas reses...

—Qué tanta será la necesidad que se las doy casi dadas. (122)

Si bien la ganadería es una de las principales actividades económicas retratadas en *La creciente*, los procesos de explotación medioambiental y humana se narran, mayormente, a través de la minería. Armida de la Vara dedica varias viñetas a hablar sobre la geografía, la flora y la fauna del lugar, y es precisamente en una de ellas donde señala que Opodepe “[t]iene buenos ranchos ganaderos y algunos minerales [...] que explotados alguna vez por extranjeros, fueron luego abandonados” (125). En repetidas ocasiones se habla sobre cómo el desarrollo se vive como un periodo de breve pujanza económica que, en realidad, históricamente ha significado el enriquecimiento de quienes llegan a explotar los recursos naturales y a los habitantes del pueblo. En un principio, fueron los padres jesuitas, pero tras su expulsión son empresas extranjeras las que llegan a explotar las minas.

El impacto de la minería en las vidas de los habitantes de Opodepe se narra principalmente a través de la historia de Asunción, una madre de familia, y su esposo, Toño (a quien se mencionó anteriormente). Cuando él externa la idea de irse a Estados Unidos, un amigo le aconseja que no lo haga: “Ah, pues no andan diciendo que van a explotar la mina de Los Lavaderos, quesque una compañía americana está llevando maquinaria y acarreando material para hacer un puente para poder cruzar el río aunque esté crecido...” (134). Toño, como se expuso antes, efectivamente empieza a trabajar en la mina Los Lavaderos, con lo que logra llevar un ingreso a su hogar, pero el trabajo en la mina se acaba. Aunque la mina demuestra ser una fuente de ingresos para las familias de Opodepe, también demuestra ser una forma de explotación ambiental y un disfraz que oculta la verdad: lo importante no son las personas, sino lo que extraen de la mina. Los habitantes representan meros medios, máquinas de un sistema más grande.

En una de las viñetas, dos hombres platican sobre la minería y la ganadería (dos de las principales actividades económicas de Sonora). Ambos son conscientes de encontrarse

bajo las imposiciones del medioambiente y, al mismo tiempo, de una u otra forma sometidos ante los que llegan a explotar las minas:

—Es muy cierto, pero hay que hacerle la lucha, no todos han de ser como usted dice: fíjese lo que fuera una mina explotada por gentes de aquí mismo, el pueblo se levantaría y sería otra cosa.

—Sí, porque los que han venido a buscar vetas, si las han hallado, se quedan gambusiando nomás. Pesos, Raúl, pesos son lo que hacen falta, y un hombre honrado que le entienda a la minería y que tenga ganas de tallarse el lomo. Han venido americanos y mineros ‘gauchos’ como aquel viejito Chávez, con su morralito parchado lleno de piedras [...]. (143)

Ambos coinciden en que la minería no ha resultado una solución a largo plazo, pero no les queda más que aceptarlo, pues “lo cierto es que este pueblo sin tierras, con el ganado mermado en cada sequía, no tiene más salida que las minas” (143).

Las dificultades económicas y ambientales enfrentadas por los habitantes del pueblo en *La creciente* introducen una nueva problemática para la subsistencia del pueblo: la migración. Este tema es de suma importancia para entender la obra, pues impacta directamente en las relaciones comunitarias, que, sin lugar a duda, es uno de los elementos más importantes de la obra. Aquí, es importante retomar una vez más el concepto de *matria*, pues la migración representa desarraigarse no solamente del espacio al que se pertenece, sino también de las personas que lo habitan y de la vida social entre familias. De la misma manera, es importante señalar que parte del ecofeminismo como una filosofía y una ética de vida es la creación y el mantenimiento de redes comunitarias. Sobre ello, Gamba y Diz señalan que

[e]l capitalismo patriarcal define lo que es producción y traza una línea que deja afuera la creatividad de la naturaleza, de las mujeres, de las comunidades indígenas, de todos los seres humanos, en sus relaciones con el cuidado de la comunidad humana y de su contexto. (365)

Estos lazos comunitarios se ven afectados no sólo por las mismas dinámicas machistas (pensemos en el caso de la Toña, que se analizará más adelante), sino también por las dinámicas económicas. Los personajes de *La creciente*, en su mayoría hombres, se ven en la necesidad de emigrar para poder mantener a sus familias. Es uno de los puntos expuestos por Mary Mellor, quien señala que “[l]os hombres eran cada vez más atraídos, o bien eran forzados por las circunstancias económicas, a aceptar trabajos asalariados, a menudo a grandes distancias, dejando a las mujeres con la responsabilidad de la familia en condiciones crecientemente empobrecidas” (45). Sobre la migración, desde el inicio de la obra, se narra que

nuevas necesidades han hecho emigrar a la mayor parte de la población: la simple subsistencia, el deseo de dar a los hijos una profesión, la facilidad de conseguir un pedazo de tierra cultivable en el valle de Mexicali o en la costa de Hermosillo. (De la Vara 125)

Uno de los ejemplos más evidentes en *La creciente* es el caso de Tirso, de quien se dice textualmente que “se fue pal otro lado” (149), haciendo referencia a que se fue a Estados Unidos. Este, sin embargo, es sólo un ejemplo de cómo la gente se ve forzada a dejar sus hogares y a sus familias, dejando el cuidado familiar en manos de las mujeres, quienes, además, tienen que continuar con sus actividades económicas.

Como expone Mellor, las mujeres, históricamente y en todo el mundo, han encabezado movimientos ecologistas por el bien de sus comunidades, pues ellas son las primeras en enterarse cuando las necesidades de las personas no se satisfacen o sufren de algún padecimiento físico; de la misma manera, señala la autora, son las primeras en darse cuenta del desabasto de alimento, agua, etc. Algunos de los ejemplos más citados al hablar sobre la historia del ecofeminismo son: el movimiento Chipko, de las mujeres de Reni en la cordillera de los Himalaya, quienes se abrazaron a los árboles para evitar que los talaran con el fin de plantar pinos y eucaliptos, una actividad económica que empleaba a pocos aldeanos y dificultaba que las mujeres atendieran sus cultivos debido a la erosión del suelo y la pérdida de agua; también está el movimiento del Cinturón Verde de Kenia, en el que un grupo de mujeres lanzó un programa rural de plantación de árboles para prevenir la desertificación (Mellor 33-36).

Esto se manifiesta también en *La creciente*, pues son las madres de familia y aquellas mujeres dedicadas a los cuidados quienes conocen mejor la situación que se vive a raíz de la sequía y los daños ocasionados por la creciente. En una de las viñetas que mejor ilustra este panorama, se reproduce el diálogo entre dos mujeres. Durante la conversación, una de ellas, Cuquita, se queja de lo difícil que es la vida en el pueblo; expresa admiración por la vida “al otro lado”, en Estados Unidos, con comodidades, máquinas y diversas formas de entretenimiento. Ante la mención de esas comodidades, la amiga le responde:

Ah, eso sí, hay cines y teatros, y albercas donde los hombres y las mujeres se tiran bichis [...]; hay máquinas hasta para lavar y secar platos, pero para comprar esas diversiones y lujos hay que fregarse día y noche en las fábricas, como una maquinita, y encima échale todavía la discriminación o como se diga. (De la Vara 183)

Esta viñeta es una de las más representativas de la consciencia social, económica y ambiental de las personajes de *La creciente*. La viñeta termina con el siguiente diálogo, donde es posible identificar en estas personajes un sentido de agencia que caracteriza a las mujeres de los movimientos antes mencionados. Dice así:

—Ah, qué buen discurso se echó, comadre, yo creo que si la oyen, luego luego la ponen de presidenta municipal.

—Y le darían al mero clavo, porque ya está bueno que las viejas con iniciativa tomen el gobierno del municipio en sus manos, y nadie mejor que nosotras para saber de las necesidades más urgentes, y como tenemos fama de tercas y ‘pidiches’, con tal de quitarnos de encima nos harían caso. Habría que pensarlo, compañeras campesinas casi hermanas, habría que pensarlo. (184)

Para ahondar en la crítica que Armida de la Vara hace contra el sometimiento de las mujeres, es imprescindible hablar de la Toña, la personaje de *La creciente* que, asediada por las propuestas de don Roberto, un hombre mucho mayor que ella, y tras la partida del hombre de quien estaba enamorada, decide irse de Opodepe. Mientras permaneció en el pueblo, la Toña fue criticada por varias razones, principalmente por “andar en malos pasos”, haciendo referencia a su relación con un hombre dedicado al transporte y que solía detenerse en el pueblo. En un diálogo entre dos amigas, una de ellas se expresa sobre este tema diciendo:

—Eso si el de la carretera no la avienta antes de que otra cosa suceda; yo lo vi el otro día, y está tullidito el hombre, quién sabe si hasta casado sea.

—Nomás dígame usted, con eso de que los muchachos se van a estudiar los que pueden y los otros a trabajar fuera, las pobres muchachas no tienen dónde escoger.

—Pues será muy tonta la Toña si se deja engatusar por un desconocido, ¿qué espuma le sopla a don Roberto? (153)

El diálogo continúa y se listan las diversas cosas que don Roberto ha hecho por la Toña y su familia esperando que ella lo acepte y se case con él. Para ambas mujeres, la Toña debe aceptarlo, no sólo por lo que ha hecho, sino también porque, a diferencia del hombre de quien está enamorada la Toña, don Roberto sí pertenece a su comunidad.

Si bien la misma Armida afirmó que de esta obra “no inventó nada” (Maciel 157), el desbordamiento del río San Miguel funciona casi como una analogía de la partida de la Toña, pues son dos fuerzas que no se someten a una estructura que busca dominarlas: a la Toña, a través de imposiciones sociales; al río, con la construcción de puentes. Para el ecofeminismo, como señala Mellor, “el mundo natural del que la humanidad forma parte posee su propia dinámica más allá de la ‘construcción’ o del control humanos” (20). De la misma manera, los personajes y, principalmente, las personajes de *La creciente* tienen consciencia de encontrarse insertas en un mundo natural sobre el que no poseen control, un mundo natural que tiene su propia dinámica más allá de los planes económicos.

Como ya se mencionó, los acontecimientos de *La creciente* suceden en el marco de una larga sequía que azotó al pueblo y a sus habitantes alrededor del año 1940. En una

viñeta, uno de los personajes se expresa de la siguiente manera: “Esto se pone cada vez peor. Yo creo que todos vamos a arrancar de aquí; esta sequía nos está dejando en la viva chilla... gastos para todo y nada de ganancia; las vacas muriéndose y el frijol, puro tépari...” (De la Vara 173). Como se puede ver, las presiones que impone el clima y, sobre todo, cómo impacta el medio ambiente sobre las actividades económicas, son uno de los principales motivos que orillan a la gente a dejar el pueblo. Sobre este mismo punto, la viñeta citada anteriormente donde se reproduce el diálogo en torno a la Toña ilustra cómo la juventud ha ido dejando el pueblo, principalmente los hombres jóvenes, ocasionando que las muchachas “no [tengan] dónde escoger”.

Es en la articulación de todos estos puntos que *La creciente*, desde una lectura ecofeminista, plantea una crítica a las estructuras económicas y sociales que llevan a las personas a desarraigarse de la tierra y sus comunidades. Bajo la nostalgia por el “terruño”, por un estilo de vida más lento, por las relaciones comunitarias y la solidaridad del pueblo, subyace una forma de resistencia ante el desarrollo, pues es a través de este recurso que la autora critica las estructuras macrosociales y culturales que explotan al medio ambiente y desarraigan a las personas de su patria. En una de las viñetas más cargadas de nostalgia, y, sin embargo, la de menor extensión entre todas las que conforman la obra, una voz que no se identifica se lamenta diciendo: “¡Ay, Eloísa, y tener queirme yo de aquí...!” (177); esta viñeta, además, se repite exactamente igual en más de una ocasión.

Los problemas climáticos y económicos (que están íntimamente relacionados, como se expuso anteriormente) que orillan a las personas a dejar sus hogares y que se narran en *La creciente* no son un acontecimiento limitado a Sonora, ni algo que se encuentre ya en el pasado de la región. El desabasto de agua y la contaminación provocada por la minería afectan la subsistencia de todas las formas de vida en la actualidad. Uno de los ejemplos más recientes en la historia del estado es el desastre de la mina Buenavista del Cobre, perteneciente a Grupo México, en agosto de 2014, cuando se derramaron “40 millones de litros de solución de sulfato de cobre acidulado en los ríos Bacanuchi y Sonora” (Rojas 2019). El derrame ha provocado enfermedades, desabasto de agua y disminución en los cultivos de los municipios afectados. Aunque el presente análisis parte de una novela sonorensa, es importante señalar que las consecuencias de la explotación ambiental son conocidas en el resto del país y en todo el mundo.

En los últimos años, y a raíz de dicha explotación ambiental, han surgido numerosas propuestas literarias donde se retrata y critica la explotación del medio ambiente y del cuerpo femenino, muchas veces como parte de un mismo sistema de opresión. Entre estas propuestas, resaltan el género de ficción especulativa, entre cuyos principales exponentes están Gabriela Damián Miravete, Andrea Chapela y Agustina Bazterrica, género que explora formas diferentes de habitar el mundo a través de escenarios posapocalípticos, marcados por la catástrofe ambiental y el uso de la tecnología; el terror o terror corporal, donde encontramos a autoras como Lola Ancira,

Mónica Ojeda y Mariana Enríquez, género donde se narran horrores infligidos en el cuerpo humano, principalmente el cuerpo femenino, para criticar valores y prácticas de la sociedad contemporánea. Aunque la lista presentada anteriormente es reducida, existe una naciente ola de autores que narran la explotación ambiental y social.

Antes de concluir, es importante resaltar el valor de *La creciente* como obra literaria, no sólo por la crítica que hace del patriarcado y el daño medioambiental ocasionado por el desarrollo; sino también por su valor estilístico y como testimonio histórico. *La creciente* recupera una enorme polifonía de voces, entre las que es posible señalar, por mencionar algunos ejemplos, extractos de cartas que datan de la Nueva España y que eran enviadas por los misioneros jesuitas; descripciones de la flora y fauna del lugar, testimonios históricos de la fundación del pueblo; se reproducen canciones pertenecientes a la cultura local, así como dichos y expresiones propios de la región sin caricaturizarlos. Asimismo, *La creciente* da muestra de los movimientos migratorios que han formado la cultura y el carácter de las diferentes regiones del país. Es posible señalar, por mencionar solo a algunos, a los dos personajes, ambos doctores, provenientes de la Ciudad de México y de Puebla; al francés que vive recluso en las afueras del pueblo; y al hombre de origen chino que se rehúsa a dejar su casa. Finalmente, esta obra recupera parte de la historia de un pueblo aislado geográficamente. La misma Armida de la Vara señaló que “si yo no hubiera escrito todo esto, nadie más lo hubiera hecho y todas estas vivencias personales y colectivas se hubieran perdido irremediablemente” (De la Vara cit. en Maciel 156).

Para terminar, sólo resta recalcar que *La creciente* es un testimonio de resistencia ante las prácticas capitalistas y extractivistas que perjudican la vida en todas sus formas; y propone, asimismo, una crítica de lo que la cantante sonoreense Damaris Bojor, más de 50 años después, llama “falacias de prosperidad”. Además, *La creciente* es una declaración de amor y respeto hacia la comunidad, la tierra y los animales, y es precisamente en la articulación de esta postura que Armida nos dejó una semilla de ecofeminismo en el desierto.

Fuentes citadas

- Gamba, Susana Beatriz, y Tania Diz (coords.). *Nuevo diccionario de estudios de género y feminismos*. Editorial Biblos, 2021. *eLibro*, <https://0-elibro-net.biblioteca-ils.tec.mx/es/lc/consorcioitesm/titulos/189410>.
- Maciel de la Parra, María del Rocío. (2003). “Del desierto a la palabra, Armida de la Vara vida y obra”. (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México, México. <https://repositorio.unam.mx/contenidos/139948>
- Mellor, Mary. *Feminismo y ecología*, Siglo XXI, 2000.

- Núñez, Guillermo. “‘Lo Que El Desarrollo Se Llevo’ Modernidad y Nostalgia En Sonora.” *Estudios Sociales: Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional*, julio de 2009, pp. 41-77. EBSCOhost, search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=fua&AN=48073949&lang=es&site=eds-live&scope=site.
- Rojas, Ana Gabriela. “Grupo México: la polémica multinacional detrás de uno de los peores desastres de la industria minera en el país”. *BBC News Mundo*, 6 de agosto de 2019, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-49201982>
- Vara, Armida de la. *La creciente y otras narraciones*, Bonilla Artigas Editores, 2013.